III

La esposa de Lafayette.

Hemos presentado ante nuestros lectores dos tipos de mujeres virtuosas de la Revolución francesa: la *mujer mártir*, en la princesa Isabel, y la *mujer heroica* en la marquesa de Lescure y La Rochejacquelein; tócanos ahora hablar de dos hermanas igualmente respetables, bondadosas, caritativas y abnegadas: Adriana de Noailles después marquesa de Lafayette, y Ana de Noailles, que fué marquesa de Montagú. Eran nietas del mariscal de Noailles, hijas del duque de Agén y pertenecían á aquella raza de mujeres mártires que murieron víctimas de la guillotina.

Pero antes de entrar en materia, permítasenos mencionar de paso la suerte de tres mujeres de aquella familia que fueron sacrificadas por la cuchilla de Marat y Robespierre: la mariscala de Noailles, la duquesa de Agén y la vizcondesa de Noailles. Con motivo de la ancianidad del mariscal de Noailles, que estaba agonizando, y no podían trasladarlo á tierra extraña, su mujer, su hija y su nieta habían permanecido en Francia, en tanto que casi toda la aristocracia emigraba. Muerto el mariscal, en agosto de 1793, y cuando se preparaban para alejarse de París, se vieron arrestadas en su casa de habitación, después encerradas en la prisión de Luxemburgo y por último condenadas á muerte por el

tribunal revolucionario. Una vez conducidas al lugar del suplicio, la anciana mariscala sufrió la muerte primero; siguióla su hija, y por último su nieta. Todas tres habían pasado las últimas horas de su vida exhortando á bien morir á sus compañeros de suplicio. En el momento en que la joven vizcondesa subía al cadalso, húmedo y resbaloso con la sangre de su madre y de su abuela, en lugar de estremecerse y perder todo recuerdo de los demás, se volvió hacia un hombre que deberían guillotinar después de ella, y á quien había oído blasfemar en la carreta, y le dijo con el acento de la súplica:

— ¡Por Dios, caballero, arrepentíos! aun es tiempo...

Esto fué lo último que se la oyó decir.

Volvamos ahora á las dos de Noailles que nos ocupan.

Empezaremos por Adriana de Noailles.

Á los catorce años casó con un joven de diez y seis, huérfano de padre y madre, que llevaba ya el título de marqués de Lafayette y poseía una fortuna inmensa. Aquella pareja de niños, al empezar la vida bajo los auspicios más risueños, parecía representar en el mundo el ideal de la felicidad sobre la tierra. No solamente armonizaban sus caracteres por su posición social, por su riqueza y por su edad, sino que en breve la joven marquesa participó y simpatizó con los sentimientos nobles é ideas avanzadas, humanitarias y liberales (en el buen sentido de la palabra) de su marido, tanto más cuanto que aquel amor al progreso, al bien del hombre, aquel odio á toda injusticia, aquella caridad con todo oprimido, se aliaba en ambos con el vivo amor al cristianismo, á la igle-

sia católica y á todos los verdaderos sentimientos religiosos.

Cuando se tuvo noticia en Francia de que la causa de la libertad en Norte-América estaba á punto de fracasar, más por falta de apoyo moral en Europa que de recursos materiales, gran número de jóvenes de la alta aristocracia francesa, encabezados por el joven marqués de Lafayette, resolvieron fletar un buque para ir á ofrecer á Wáshington sus servicios á la causa de la independencia. Además, no les disgustaba poder así batirse contra la eterna rival y enemiga de su patria: la Inglaterra.

Lafayette no había cumplido veinte años, y su mujer tenía poco más de diez y siete; ambos se amaban tiernamente, pero ambos ahogaron su pena y olvidaron el dolor de la separación, al contemplar la gloria que obtendría el joven combatiendo por una *idea* que tanto los había ocupado: la libertad de un pueblo oprimido y la emancipación de medio continente. Adriana, pues, en lugar de disuadirle de aquella empresa, que á muchos parecía descabellada, y era calificada como una locura en la familia de los dos esposos, Adriana, al contrario, lo alentó en su proyecto, simpatizando con él. ¿Por qué era esto? Porque aquella mujer tan joven por su edad estaba ya madura por el juicio, y al dar su mano de esposa se había propuesto ser no solamente la compañera material de su marido, sino su compañera moral, la hermana de su espíritu y de su alma, y hacía parte de su corazón así como también de sus ideas, cosa esencial para que un matrimonio sea feliz.

Al regresar Lafayette á Francia con una inmensa popularidad, dejando ya asegurada a independencia

de Norte-América, fué recibido por Luis XVI y su corte con aplauso y honores. Otro tanto sucedió á los demás jóvenes, sus compañeros. ¡Aquel desgraciado rey no caía en la cuenta de que los que llegaban de ultramar, repletos de ideas nuevas y de pensamientos de libertad, llevaban á Francia las semillas de un cataclismo social, que revolvería y echaría por tierra toda autoridad y toda institución constituída bajo las bases de gobierno monárquico! ¡Más aún, esos mismos jóvenes, llenos de entusiasmo, no comprendían que cuando se pusiese en planta lo que soñaban *in petto*, ellos mismos serían las primeras víctimas de lo que tanto habían glorificado y ensalzado! ¡Ah! ¡no hay nada que haga meditar más en las misteriosas vías que toma la Providencia para llegar á sus fines como el estudio de la historia! Cuando vemos que los hombres más grandes, los genios más brillantes no son sino miserables *ruedas*, débiles *tornillos* en la gran máquina del mundo, ¡cuán ridículos y mentecatos no deberemos aparecer á los ojos de los que nos miran desde arriba al notar nuestro loco orgullo y pretensiones á cambiar la faz del mundo á nuestra voluntad!

En 1787, Lafayette tomó asiento en una asamblea de notables y se hizo célebre por sus ideas progresistas y avanzadas; dos años después asistió como diputado á la Asamblea constituyente, y presentó como preliminar de la Constitución la *Declaratoria de los derechos del hombre*. Nombrado en París comandante general de la guardia nacional, en este puesto tuvo que sufrir mucho al comprender que la Libertad de sus sueños se había convertido en una loca antropófaga. Vió con espanto que la Revolución,

como un torrente desbordado, ya no regaba el suelo de Francia con las aguas benéficas de una sensata libertad, sino que, frenética y tempestuosa, todo lo atropellaba, lo rompía y despedazaba; por lo tanto su antigua popularidad se tornó en odio hacia él, y el pueblo mismo que lo había adorado le perseguía para asesinarle. Al fin, después de varios disgustos muy graves con los parisienses, dimitió el cargo de general de la guardia nacional y fué á pelear en calidad de general en jefe de los ejércitos de los Ardennes. Pero como, merced á los jacobinos, perdió algunas batallas, tuvo que presentarse á la barra de la Asamblea á contestar á los cargos que se le hacían. Ésta quiso arrestarlo, y se vió obligado á salir prófugo de Francia, dejando á su mujer en manos de los revolucionarios. En tanto que Lafayette se salvaba de los peligros que corría en su patria, iba á caer en poder de los austriacos, que lo sumieron en el fuerte de Olmütz, bajo pretexto de que era prisionero de guerra.

La marquesa de Lafayette, que había permanecido en sus tierras con sus hijos, tuvo entonces que someterse á entregarse presa en su castillo, bajo su palabra de honor. Pero como el gobierno departamental encontrara que la familia de Lafayette no estaba suficientemente castigada, quiso fingir que no confiaba en su palabra y mandó que pusieran una guardia armada á la puerta de su casa para que la vigilara.

Indignada esta respetable matrona, cuya palabra era más sagrada que la del mejor caballero, inmediatamente se presentó ante la municipalidad reunida y dijo:

— Declaro, caballeros, que si insistís en poner vigilantes á mi puerta, vengo á retirar la palabra que os dí de no salir de mi casa. Yo no puedo incomodarme si no me consideráis capaz de cumplir con mi palabra. Mi marido ha probado ante el mundo que era un inmejorable patriota; permitid al menos que yo crea en mi propia probidad y que mi promesa de no huír no sea manchada con bayonetas. Pero está en vuestra mano el escoger entre mi palabra ó la vigilancia de vuestros centinelas.

Avergonzados de sus mezquinas pasiones ante la noble y digna conducta de la esposa de Lafayette, aquellos hombres convinieron en que permaneciera excepta de intrusos en sus tierras y vigilada tan sólo por sus sirvientes y antiguos siervos, que la idolatraban.

Pero á medida que la Revolución caminaba hacia el *Terror*, se olvidó toda consideración, se pisoteó todo respeto humano y divino, se puso en olvido toda veneración, y en breve la marquesa recibió la orden perentoria de seguir con una escolta á París, en donde la encerraron en un calabozo del cual ya habían sacado á su abuela, á su madre y hermana para llevarlas al cadalso. Permitiéronla dejar en su provincia á sus hijas; pero cuando se despidió de ellas, estaba persuadida de que jamás las volvería á ver en el mundo. Durante su cautiverio en París escribió su testamento que empezaba así:

« Señor, todos los elementos de mi vida están en vuestras manos; estad siempre conmigo, y nada temeré, ni aun las sombras de la muerte... Perdono de todo corazón á mis enemigos, si acaso los tengo, y á todos mis perseguidores y aun á los verdugos de los seres que más he amado... Declaro que jamás he to-

mado parte en intriga alguna que pudiera causar á mi patria algún perjuicio, que los principios de mi amor hacia ella son tan firmes, que ninguna persecución será suficiente, viniere de donde viniere, á cambiarlos en lo mínimo. Bendigo á mis hijos tiernamente y pido á Dios en cambio de aquella parte de mi vida que hubiera querido emplear en hacerlos felices, que ÉL les conceda la felicidad haciéndolos dignos de ella. »

Pero Dios la tenía reservada otra suerte y no aceptó el sacrificio de una existencia que estaba pronta á rendirse por su causa y la de Francia. Con la muerte de Robespierre, el 9 de thermidor, se abrieron todas las prisiones y descansó la guillotina de su trabajo diario. Sin embargo, la cárcel de la marquesa permaneció cerrada: los revolucionarios naturalmente odiaban demasiado á Lafayette, el padre de la libertad en Francia, para que perdonaran fácilmente á su mujer el crimen de llevar su nombre. Llevada ante un tribunal para ser interrogada, uno de los jueces le manifestó que él detestaba de muerte el nombre y la persona de Lafayette.

— Yo, por mi parte, contestó ella, sabré defender mi nombre y mi marido, siempre y contra todos.

La llamaron entonces insolente y la volvieron á encerrar en un calabozo, que compartía con toda suerte de hombres malos y mujeres desacreditadas; pero la marquesa supo allí, como en todas partes, hacerse respetar y acatar de todos.

Al fin, merced á la intervención del ministro de los Estados Unidos, fué puesta en libertad, al principiar el año de 1795. Inmediatamente que pudo verse con su hijo Jorge, le envió á la América del Nórte á

buscar amparo y protección al lado de Wáshington, — el amigo de su padre, — con una carta que respiraba aquellos nobles y patrióticos sentimientos que la caracterizaban. En seguida, llamando á su lado á sus dos hijas, que había dejado en Auvernia, partió con ellas para Alemania, en busca de su marido prisionero. Allí, con mil dificultades obtuvo una audiencia del emperador de Austria, á quien pidió, como una gracia, licencia de encerrarse con Lafayette en la fortaleza de Olmütz.

Lafayette, que habia dejado desde que estaba en la cárcel de saber de su familia, y á quien apenas le había llegado la noticia de que en aquel *terror* revolucionario ningún miembro de la antigua nobleza había escapado con vida, vivía lleno de angustia y de zozobra: ¿cuál sería, pues, su sorpresa y su contento cuando vió entrar un día á su prisión á su mujer y á sus hijas?... Después de aquel día de consuelo, la familia de Lafayette, que había nacido y criádose en medio de la opulencia y las comodidades más exquisitas, se consideró feliz, á pesar de estar privada de todo aquello á que estaba acostumbrada, y se veía rodeada de miserias y sujeta á una estrecha y cruelísima prisión. Pero todos los sufrimientos eran pocos al considerar que se había reunido á Lafayette y le consolaba y acompañaba en sus penas. De todo carecían aquellas pobres mujeres, y aun se les había negado el uso de cuchillo y tenedor, de papel y plumas. Así, la marquesa, para entretenerse, escribió la vida de su madre sobre el margen de uno de los pocos libros que poseía, con un limpiadientes y un pedazo de tinta de China que había escapado á la vigilancia de los carceleros. Por lo demás, no carecían de ocupa-

ción, puesto que como no tuviesen criados, tenían que hacerlo todo por sí mismas. Sin embargo, en breve la señora de Lafayette, cuya salud se había debilitado en las prisiones de Francia, se enfermó gravemente en Olmütz, y durante once meses estuvo muy enferma sin que le permitiesen siquiera consultar un médico ni respirar el aire libre, amenazándola con que no podía volver al lado de su marido, si alguna vez salía de su prisión. Así permaneció en la fortaleza alemana veinte y tres meses, y no salió sino cuando, gracias á los tratados hechos por el general Bonaparte en Campoformio, éste exigió que pusiesen en libertad á todos los prisioneros franceses. Lafayette había permanecido en la fortaleza de Olmütz cinco años.

« Las ideas del señor de Lafayette, dice Imbert de Saint-Amand, en nada habían variado. Tranquilo, impasible, no odiaba á los partidos ni á las personas; hablaba de la Revolución como si se tratase de algún hecho de la antigüedad griega ó romana. El *Terror* para él no era sino un incidente, y pensaba que la historia de los naufragios no debe desalentar á los buenos marinos. Este hombre de convicciones verdaderas, había vivido con la misma filosofía en medio de la riqueza como en la miseria, idolatrado con loco entusiasmo unas veces, como odiado otras por el pueblo. Incorruptible y firme, tenía una confianza tan ciega, tan irresistible en su *idea*, que jamás vacilaba, y aunque unos le han llamado obstinado, otros le llaman héroe. Así, estaba tan tranquilo al salir del fuerte de Olmütz, como se había manifestado al entrar á él, y afrontó con igual valor la cólera de los jacobinos como la de los potentados. Conjunto raro

del hombre de acción y del doctrinario, del revolucionario y del gran señor, llevaba á los campamentos de la democracia una parte de su distinción aristocrática : todo lo había visto y en todo se hallaba mezclado. Vió caer sereno y contemplativo el edificio social, sin perder por eso la fe en lo porvenir; así, jamás se arrepintió de ninguno de sus actos, y decía que estaba listo, si era preciso, á embarcarse de nuevo en la nave de la Revolución. »

La carrera de Lafayette no había concluído, aunque permaneció enteramente eclipsado durante todo el primer Imperio, y no reapareció sino en 1815, en que fué nombrado diputado á las Cámaras. Desde entonces, hasta 1830, se le halló siempre en la lid como jefe del partido liberal, aunque nunca demagogo, y por último, y á pesar de su avanzada edad, él encabezó la revolución contra los Borbones y puso en el trono á Luis Felipe, muriendo cuatro años después. Nosotros los americanos deberíamos profesar á Lafayette grande estimación y respeto, pues este hombre célebre siempre miró con particular cariño é interés á todos los americanos de uno y otro hemisferio, mostrando gran simpatía por su independencia[1]. Pero

1. El padre de la que esto escribe, el general Joaquin Acosta, estando en Europa en 1828, fué presentado en casa del marqués de Lafayette por el barón de Humboldt, y desde entonces gozó de la estimación de aquel hombre esclarecido, tanto que no solamente frecuentaba su casa en Paris, en donde Lafayette recibía una escogida sociedad los martes de cada semana, sino que le visitaba en su casa de campo, La Granja, de la cual encontramos en el « Diario » (que llevó el general Acosta durante en permanencia en Europa) varios pormenores interesantes acerca del modo de vivir patriarcal y aristocrático de aquella familia. En el mencionado « Diario » encontramos también una relación circunstanciada de la revolucion del año de 30, dando la casualidad de

volvamos á nuestra heroína, que habíamos abandonado un tanto para hablar de su marido.

Á pesar de que á su vuelta á Francia la marquesa de Lafayette vivió tranquila y feliz en medio de su familia, su salud había sido minada por las angustias de la Revolución y las privaciones y sufrimientos físicos y morales de las prisiones en Francia y en Austria, por lo que cada día fué debilitándose de fuerzas, aunque no de ánimo, hasta que expiró en la noche de Navidad de 1807. Hasta el último instante de su vida guardó en su corazón una grande veneración y profundo amor á su marido. Pocos momentos antes de dejarle para siempre, le dijo al verle llorar á su lado :

— ¿Tienes alguna queja de mí, amigo mío?

que se hallase el general Acosta otra vez en París en 1848, cuando fué derribado del trono el mismo rey que había visto elevar con tanto entusiasmo.

En un libro titulado *Vida de Jorge Wáshington*, que posee la autora de este artículo, se encuentran las siguientes líneas, escritas de puño y letra de Lafayette, y dirigidas al general Acosta, que entonces era estudiante, aunque ya había peleado en la guerra de la independencia de su patria y era capitán de artillería. He aquí el escrito de Lafayette, que no traducimos por no quitarle su mérito y estilo :

« Je suis vivement touché du prix que M. Acosta veut bien mettre à quelques lignes de ma main sur les pages d'un livre consacré à la mémoire de mon paternel ami. J'aime à saisir cette occasion d'exprimer la satisfaction que nous avons trouvé, ma famille et moi, dans nos rapports d'amitié avec lui, et d'offrir à son patriotisme tous mes vœux pour la République Colombienne dont il est un digne citoyen. Il connaît aussi tous ceux que je forme pour son bonheur personnel et qui me sont dictés par les sentiments d'une parfaite estime et du plus sincère attachement.

« LAFAYETTE.

« Paris, 9 avril 1830. »

— ¡Yo! Al contrario, ¿no has sido siempre el modelo de la bondad y la ternura para conmigo?

— Entonces, ¿piensas que he sido una buena esposa?

— Perfecta.

— ¡Dame, pues, tu bendición, Lafayette!

Y al decir esto trató de incorporarse y expiró.

« La memoria de la señora de Lafayette, dice un autor que hemos citado varias veces (Saint-Amand), no morirá. Se liga á su recuerdo la suprema poesía del dolor. Ella derramó aquellas lágrimas santas que convierten el pesar en éxtasis y unen al sufrimiento un secreto entusiasmo, lágrimas que son la sangre del alma, el sudor de la agonía, pero que son también el rocío que fecundiza y hace fructificar la virtud. Se podía decir de ella como decía san Juan Crisóstomo á una cristiana : « Poseéis una ciencia que se hace superior á todos los tormentos de la vida y la energía de un espíritu vigoroso que es más fuerte que las murallas y las torres elevadas. » El carácter de la marquesa tan heroico en las grandes circunstancias, tan bondadoso, tan sencillo en el comercio de la amistad, era firme cuando se necesitaba, pero no hacía alarde de aquella firmeza dura, altanera é inquieta que no debe emplearse para sostener las obras de Dios, sino la firmeza suave, humilde y digna de la verdadera cristiana. Allí en donde el paganismo hubiera empleado la venganza, el cristianismo se manifestó lleno de caridad. La mansedumbre habitaba su alma en los momentos en que tenía mil motivos para manifestar su resentimiento y su cólera. Los hombres de todos los partidos veneraban á esta mujer santa, que daba tan noble ejemplo del olvido de

las injurias, y á quien no lograron asustar con las prisiones, el destierro, la pobreza, ni siquiera con la amenaza del cadalso, realizando y personificando aquellas palabras de las Santas Escrituras:

» *Ella estaba alegre hasta en su último día. Abrió sus labios á la sabiduría, y la ley de la clemencia estaba en ellos.* »

IV

La señora de Montagú.

Hermana de la esposa de Lafayette, nieta, hija y hermana de mártires de la Revolución, como hemos dicho antes, la señora de Montagú representa, en la pléyade de mujeres heroicas de aquella época, el papel de la caridad, la abnegación y la misericordia cristianas, llevadas al más alto grado de perfección. El sentimiento evangélico la animaba para soportar tantas pruebas sin murmurar de la Providencia y ver en todos los hombres, aun entre los enemigos de su religión y de su familia, sólo hermanos á quienes era preciso socorrer en todo tiempo.

Habiendo tenido que expatriarse para acompañar á su padre, el duque de Agén, tuvo que dejar en Francia á las personas más queridas de su corazón, para después tener la horrible pena de saber en el destierro que habían muerto en el cadalso.

Cuando la marquesa de Lafayette salió de la prisión de Olmütz, encontró á su hermana en Witmold, ocupada solamente en socorrer á sus compatriotas

desterrados, á pesar de estar ella misma en la última miseria. Sin embargo, era tal su caridad que había fundado una sociedad titulada « Obra de los emigrados, » y á ella había dedicado todos sus desvelos; trabajaba sin cesar, noche y día, para dar asilo á los sacerdotes emigrados, á los ancianos, los niños y las mujeres enfermas que habían tenido que salir prófugos de su patria. En breve la señora de Montagú, que supo interesar en favor de la « Sociedad de emigrados » á todos los potentados de Europa, tendió una red en todas partes hasta el punto de lograr socorrer, dar asilo, alimentos y vestidos á más de cuarenta mil franceses desgraciados. Eso sí, esa obra de misericordia la costaba un trabajo ímprobo: escribía continuamente para recoger limosnas, no dormía casi, ni comía sino lo puramente necesario para no morir de hambre; vendió cuanto le quedaba de sus antiguas riquezas, hasta sus libros de devoción, hasta un traje de paño negro, su vestido de mayor aprecio: ¡cuanto tenía fué á dar á la caja de los pobres!

Habiendo regresado á Francia en 1800, se ocupó en hacer borrar de las listas de desterrados á cuantos pudo, y la mayor parte de los emigrados volvieron á su patria, merced á sus esfuerzos. La señora de Montagú era tan querida por los pobres, que en todas partes la rodeaban un sin número de gentes que la bendecían, dándole las gracias por sus oportunos servicios, habiendo salvado la vida á unos, á otros el honor y á muchos librádoles del crimen.

Aquella pasión por servir á los desgraciados no la dejó nunca. Su familia tenía que ocultarla sus vestidos para que no dispusiese de cuanto tenía en favor de los pobres.

Entre las buenas obras que ejecutó al regresar á su patria, fué buscar en las fosas comunes del cementerio de Picpús, en París, los restos de los que habían perecido bajo el hacha de la Revolución, entre los cuales se hallaban los de su madre, abuela y hermana. ¡Solamente en una de aquellas fosas comunes encontraron los restos de mil trescientas personas que habían perecido en cuarenta días! En unión de sus hermanas, las señoras de Lafayette y de Grammont, recogieron una suscrición entre los parientes de las víctimas (pues no se podían reconocer los esqueletos ni distinguir los unos de los otros) para levantar en aquel punto un monasterio que sirviese á las religiosas de al *Adoración perpetua*. En la capilla del convento se encuentran inscritos los nombres de todos los que están allí enterrados, entre los cuales se ven los del poeta Andrés Chenier; del sabio creador de la química moderna, Lavoisier, y entre los nobles, varios duques, duquesas, marqueses y condesas en unión de algunos pobres artesanos, labradores y sirvientes, todos igualmente inocentes, pero ejecutados en nombre del pueblo, de la humanidad y de la libertad. Las religiosas de la orden de la Adoración perpetua se turnan delante del santuario del Santísimo Sacramento, y prosternadas oran sin cesar por los mártires allí sepultados, y sobre todo por sus verdugos. La capilla está dedicada á Nuestra Señora de la Paz.

« En lugar de las figuras de mármol que se encuentran en los cementerios, dice el biógrafo de la señora de Montagú, lo que vemos en el recinto de la capilla á toda hora del día y de la noche es una hilera de esposas de Jesucristo que oran sobre los sepulcros. Las lágrimas se secan al fin, aun en los ojos de los

que más sienten, como sucede con todo en este mundo perecedero; pero las oraciones continúan allí sin cesar, y las súplicas de aquellas hijas de Dios se elevan al cielo sin tocar con la tierra, exentas de todo resentimiento. »

Después de una vida de abnegación, sacrificio y extraordinaria utilidad, la marquesa de Montagú murió en enero de 1839 á los setenta y dos años de edad, adorada por sus hijos y bendecida por cuantos la conocieron y trataron.

Ella personificó particularmente aquel versículo de la mujer fuerte : *Abrió sus manos al desvalido, y extendió sus palmas al pobre.*